

ción, y que hoy le rinde un homenaje de gratitud y amor!

No hay más que inclinarse ante lo irremediable, ya que no pudimos encararnos con la implacable destructora, y clamar, parodiando al personaje de Shakespeare:

«¡No hieras, no hieras todavía!»

Por lo demás, el destino fué magnánimo con el anciano, satisfaciendo su constante deseo: anhelaba el descanso, y helo ahí, ¡reposa ya!

Febrero 15 de 1901.



## EL ARTE EN MÉXICO.



CABO de leer un interesante artículo en *El Mundo*. Su autor—cuyo nombre trasluzco—titúlalo: *La felicidad y el arte*, y ocúpase en él, con elocuentes palabras, de pintar á grandes rasgos las angustias sufridas por los compositores para conquistar un nombre glorioso, y los mil tormentos y vicisitudes que deben arrostrar al poner sus obras en manos de intérpretes de todas clases y categorías, y sujetarlas al fallo del público, casi siempre inapelable.

No puedo resistir al deseo de transcribir algunos párrafos del referido artículo, para comentarlos en seguida y fijar, ya que viene al caso, cuál es la situación del arte y de los artistas en México.



Dice como sigue:

«No hay clase de gentes que tanta envidia exciten á sus semejantes como los grandes artistas. Si son compositores como Wagner y Verdi, no hay celebridad comparable á la suya ni honores ni estipendios que se les escatimen. Ciertamente, los nombres de los autores de *Lohengrin* y de *Falstaff*, causan más impresión y son objeto de más reverencia que los de Von Moltke y de Garibaldi.

Sin embargo, únicamente la esclavitud moral y material que impone en esos hombres el genio y á que les sujeta su fe en el arte que profesan, pueden bastar á compensar en cierto modo los malos ratos que pasan y los infinitos tormentos que les cuesta, por ejemplo, cada nueva obra que ponen en escena.

No hallaremos tormento al trabajo de componer, armonizar, contrapuntear, arreglar el sentido de cada sílaba, el sonido, tono ó cadencia de cada nota, porque esto entra en la capacidad del compositor y corresponde á la medida de su genio y talento, que, siendo verdaderos se sobreponen siempre á todas las dificultades.

Las supremas agonías empiezan cuando la obra está completa. Que el trabajo escénico responda al pensamiento del maestro, al del empresario y al del público. Hallar diez, veinte ó cien artistas con otros tantos temperamentos, voces, aptitudes y escuelas, exentos de celos y

rivalidades, capaces de personificar en su infinita variedad la unidad de pensamientos de un solo autor y de inspirar la entera confianza, dóciles y obedientes á las sugerencias del maestro y sin pretender en ningún caso saber más que él.

Demos por hecho que la obra se ensaya cuidadosamente, se anuncia, se venden las entradas, se llena el teatro, ¿qué tormento habrá comparable á la ansiedad del maestro, pensando en si se enronquecerá inesperadamente algún artista, si sobrevendrá algún no previsto contratiempo, músicos que se vayan del seguro, rivales que le preparen alguna silba, y sobre todo, el estado psicológico del respetable público, temor que invariablemente se acentúa en la hora crítica, que es la primera representación.»

Hasta aquí el primer párrafo del artículo en cuestión. Su autor, que revela ser un excelente observador, nos dice magistralmente en unas cuantas palabras lo que el artista sufre, y deja sobreentender lo que anhela, lo que espera, y cuál será la recompensa de esa lucha, excesiva para la vida material y corta para conquistar algunos girones de gloria. No cifra, sin duda, sus ambiciones en adquirir una desahogada posición social, ni en disfrutar de las satisfacciones de una existencia sibarítica: anhela ser comprendido, ser estimado en su justo valor, adquirir renombre y fama y poder alcanzar la realización completa, ó cuando menos, parcial de sus ideales.



Todo esto obtiéndolo en Europa el artista de verdadero genio y hasta el simple talento, siempre que sepa acumular fuerzas para la lucha, y sea laborioso, activo é infatigable.

Así fuéronlo Wagner y Verdi, los dos compositores que toma el escritor como testimonio de sus reflexiones, y así han sido muchos otros, toda una legión, que tuvieron aún á su favor la protección de la Diosa Fortuna.

Pero en México, en este terreno favorable, pero aún poco culto en cuestión de Bellas Artes, ¿cuál es la situación del artista, cuáles pueden ser sus ambiciones y de qué manera lograría alcanzar la realización de sus ideales...?

Responderé con mi habitual franqueza: la situación del artista mexicano no puede ser ni más desastrosa ni más decepcionadora. Así se trabaje con tanta fe como la que han revelado los pontífices del Arte, con idéntico entusiasmo, con todas las energías que presta la voluntad y con todo el ardor que comunica la más remota esperanza de gloria, hay un fatal *hasta aquí*, una barrera infranqueable, una inscripción aterradora como la que leyó Dante á las puertas del Infierno, que le intercepta el paso, que le obliga á retroceder, que le hace desmayar, y que, al fin y al cabo, desgarrá todas sus ilusiones y despedaza sus más fervientes ideales.

Tras de luchas sin cuenta, tras de sacrificios soportados durante largos años, puede conquis-

tar cierto puesto honroso en la sociedad y las relativas comodidades de una mediana posición social; pero ¿á dónde están las satisfacciones del triunfo artístico, á dónde las emociones provocadas por el aplauso de la multitud, á dónde ese fantasma de gloria que ha venido persiguiendo de luengos años atrás? Todo eso no lo conquista ni lo conoce el artista en México, y ello es fruto, ante todo, del medio en que vivimos, de nuestro versátil carácter, del estrechísimo campo de acción en que nos movemos, y, aunque lamente declararlo, de nuestro atraso, de la falta de elementos y de la mediana calidad de muchos con los cuales nos es forzoso contar.

Para la instrucción carecemos en muchos ramos de competentes profesores, y refiriéndome al arte musical, de bibliotecas que pudieran suplir en cierto modo y teóricamente las deficiencias de la enseñanza; para ilustrar á las masas carecemos de buenos planteles; para despertar el gusto artístico y cultivarlo, no tenemos ni asociaciones filarmónicas ni conciertos populares, ni siquiera una sola sala adecuada para llevarlos á efecto; para satisfacer las exigencias del número relativamente pequeño de entusiastas aficionados, no se levanta aún en edificio destinado á teatro lírico, y para propalar las buenas ideas, estimular al incipiente y aplaudir los esfuerzos del artista honrado y progresista, no contamos con la sana crítica que destierre al es-



tereotipado elogio del amigo ó al desahogo canallesco del enemigo.

No puede, pues, llamarse floreciente á semejante situación.

Veamos ahora cuáles son las consecuencias que forzosamente acarrea á los artistas.

El instrumentista, pongamos por caso, ¿qué es lo que puede anhelar y qué porvenir le aguarda después de arrostrar laboriosamente sus nueve años de estudios en el Conservatorio? No es dificultosa la respuesta: el colmo de sus aspiraciones no podrá sobrepasar á la de servir una cátedra en el referido plantel ó integrar su presupuesto con los honorarios de cuatro ó cinco clases privadas obtenidas trabajosamente. Pero como tal acontecería á unos cuantos individuos tan sólo, tenemos que suponer que á los restantes no les aguardaría otro porvenir que el incierto y dudoso ofrecido por una mísera contrata de profesor de orquesta. En breves palabras: la insegura garantía de treinta ó cuarenta pesos mensuales á cambio de una insoportable y antiartística labor diaria. . . .

Me he referido al simple instrumentista y no al *concertista*, porque tal tipo, aunque existe entre nosotros, no puede subsistir materialmente adonde no hay conciertos ni salas en que se verifiquen, y así podía ser un Sarasate, un D'Albert ó un Paderewski, que ya tendría para implorar la caridad pública si hubiere de atenerse á sus mé-

ritos de *virtuoso*. En tal virtud, para subvenir á las necesidades de la vida material, habrá de consagrarse al profesorado, á la ruda tarea de la enseñanza—en el concepto de que su instrumento sea de aquellos que privan en sociedad—y renunciar para siempre á sus aspiraciones y á sus ensueños de celebridad.

Algo análogo acontece al cantante. Después de largos años de estudio, y, dando por supuesto que la naturaleza le haya favorecido con un órgano vocal bien acondicionado, no verá en perspectiva más que un mal teatro de zarzuela á donde depravar su gusto y ahogar sus aspiraciones de arte; el templo, en el cual tampoco se rinde culto á la música noble y alta, y en el que sus trabajos serán pésimamente remunerados, ó el ejercicio del profesorado, que no siempre es fructífero, si quien lo adopte como medio de subsistencia no está amparado por el privilegio de un nombre extranjero.

Por pertenecer al gremio, podría hablar largamente y por experiencia acerca de las vicisitudes y contrariedades que sufre en México el compositor; pero, por la misma causa, prefiero abordar ligeramente la cuestión.

El compositor serio y elevado es tanto más excepcional entre nosotros, cuanto escaso el estímulo que se le dispensa por público y editores, é inmensas las dificultades con que tropieza para dar á conocer y calificar sus obras.



Hagamos punto omiso de las luchas que debe afrontar y que son iguales ó más tremendas en otros países, aunque en ellos corresponda el premio á la magnitud de los esfuerzos; olvidemos los trabajos expensados para la producción de una obra, trabajos que deberían siempre tomarse en consideración porque son formidables y absorben no solamente tiempo, sino partículas de vida; prescindamos de mencionar aún la escasez y deficiencia de los elementos secundarios, y, en general, de intérpretes laboriosos y entusiastas; demos por no existentes los trabajos de zapa de la envidia y la deslealtad, que desalientan y desprecian. . . . . dejemos todo esto en segundo plan y conformémonos con preguntar: ¿para qué escribe en México el compositor? ¿qué ideal persigue y en busca de qué satisfacciones y de cuáles utilidades materiales va? Creo que, á falta de muchas otras, conformaríase con la satisfacción modestísima de hacer conocer sus obras ó por la publicidad, que para muchas sería un imposible, ó por la ejecución, que dadas nuestras condiciones, es otro imposible también. A fe que pocos tendrán la resignación de un Bach para acaparar en un armario los frutos de su inspiración y quizás ninguno existirá que produzca para su solo é íntimo soláz, ó con la esperanza de ser estimado por la posteridad.

Sé que en París ha habido y hay Premios de Roma que nunca lograron abordar la escena ni la sala de Conciertos; pero también sé que, de años atrás, arrojaron lejos de sí la pluma y enmudecieron para siempre. Y es evidente: *sin estímulo no hay arte*, decía sabiamente Schumann, y, por más que el compositor produzca obedeciendo á una necesidad secreta, á un poderoso impulso de su organismo, llega un momento en que la decepción le hace su presa y en que se da cuenta de que sus afanes y desvelos podrían haberse invertido más fructuosamente en tareas y labores de otra índole que no exigiesen el derroche de sus energías intelectuales.

Ya lo he dicho: en Europa la lucha es formidable, pero el triunfo garantiza la tranquilidad de toda una existencia. Allí el instrumentista que gana una plaza en una orquesta, pongamos por caso, se reputa feliz, no sólo porque sus emolumentos corresponden indefectiblemente á sus méritos, sino porque tales plazas garantizanle el descanso de su vejez mediante honrosas jubilaciones; el concertista tiene las salas de Concierto abiertas de par en par y emigra de un país al otro obteniendo pingües utilidades proporcionales á su habilidad; el cantante, si es de valer, es solicitado con afán por los directores de teatros, y, si la suerte no le fuese propicia en las grandes capitales, refúgiase y triunfa muchas ve-



ces en las escenas de provincia; el compositor tiene amplio campo en que ejercitarse y revelarse, ora en el teatro, en la sala de Concierto ó en el salón privado, amén de los recursos de la publicidad amparada por innumerables casas editoras. Pero, en México . . . . . ¿cuál es el porvenir del arte y los artistas? . . . .

Héme referido hasta aquí con especialidad á los cultivadores del divino arte; pero sin dificultad podría extender mis observaciones á los de las Bellas Artes en general.

Ni el pintor, ni el escultor, ni el poeta, podrán nunca reputarse felices ante la perspectiva poco halagadora que les ofrece el medio en que viven. No lo es seguramente el primero al consagrarse á reproducir en la tela los rasgos de tal ó cual personaje, ni el segundo esculpiendo imágenes sagradas, ni el último emborronando cuartillas para implorar la hospitalidad de algún caritativo diario. Ante tal situación todos los ideales se evaporan como sutil esencia y todas las ilusiones de arte vienen por tierra. . . .

A nadie pretendo hacer responsable de ella porque creo que á todos más ó menos nos incumbe, y estoy persuadido de que remonta su origen á nuestros peculiares defectos y á la absoluta falta de iniciativa privada. . . . El Gobierno hace lo que puede; pero nosotros, la masa de mexicanos cultos, no hacemos lo que deberíamos.

Para conclusión: tengo por probable que el docto escritor de *El Mundo*, cuyo precioso artículo me ha servido de pretexto para trazar estos renglones, no se dignará escribir una continuación con el título de *El Arte y la felicidad. . . . en México*. ¡Ojalá y me equivoque!

Marzo 15 de 1901.

